

mente hablando, yo he conocido a Don Juan.

En ese momento, el mozo nos anunció que el departamento prometido estaba libre y que el «maître» había mandado servirnos allá el café.

* *

—Lo conocí a Don Juan—, reiteraba Eguía poco después, de codos en la mesa, y animándose visiblemente con la soledad confidencial que habíamos conseguido.—Lo conocí cuando su penúltimo viaje a Buenos Aires, hace alrededor de treinta y cinco años, porque la última vez me encontraba ausente.

Sé, no obstante, lo que pasó, por la confianza de una amiga. A ella pertenecerá, pues, la parte más interesante del relato que me propongo confiarles en una intimidad de memoria póstuma. Ya que, cada vez, con mayor probabilidad, cualquiera de mis travesías puede ser la última.

Pero, antes de continuar, es menester que nos entendamos—, o desentendamos—, sobre algo, quizá lo único, en suma, que me han enseñado mis correrías por cuanto mar y tierra existen.

Y es que anda por el mundo, aun cuando parezca fantasía, una media docena de individuos inmortales, en carne y hueso, o si ustedes prefieren, varias veces centenarios, en los cuales encarnan los prototipos de la leyenda.

Soy lo bastante excéptico para no intentar la explicación de un fenómeno, tan enigmático, por lo demás, como la vida de esos microbios de la creta, que petrificados durante millones de años, despiertan o resucitan en la salmuera caliente.

Dichos personajes deben ser los que, de cuando en cuando, asombran al mundo por su conocimiento de todas las cosas o su dominio de todas las situaciones, como Leonardo de Vinci cuyo sepulcro nadie sabe dónde está.

Claro es que nos sobran objeciones contra ese postulado de Eguía, más exasperante aún en el desenfadado de su audacia, pero, sabiendo que proponer una duda equivalía a malograr el relato, preferimos escuchar en silencio al narrador, atrayente como nunca aquella noche.

—La conservación de una misma edad aparente, o con variación mínima,—continuó,—viene a ser el mejor incógnito de esos personajes entre las generaciones que pasan.

Y esto es lo que deseaba advertirles. Pero, aun cuando nada de ello crean ustedes, abrigo la pretensión de que mi historia les parecerá interesante.

—Nos parece ya, tiranuelo,—sonrió Julio D. Pero Eguía añadió con gravedad:

—Todo hombre, especialmente si ha viajado mucho, tiene numerosas anécdotas que contar; mas, no hay en su vida sino una historia digna de conocerse: historia trágica, absurda, vergonzosa o sublime, y por lo tanto reservada casi siempre en el silencio con que, casi todos también, se la llevan a la tumba.

Lo trágico, lo absurdo, lo vergonzoso o lo sublime de una existencia son generalmente

inexplicables, y sólo engendran la desconfianza y el ridículo.

Por lo demás, yo no comprendí sino mediante la revelación complementaria de aquella amiga que dije, la naturaleza del personaje a quien conocí durante su penúltima residencia entre nosotros. Mas, como ese estado de ánimo carece de importancia narrativa, al no ser yo el protagonista, sino él, haré de los dos relatos uno sólo en homenaje a la precisión y a la sobriedad.

Llegó, pues, don Juan a Buenos Aires bajo su verdadero nombre, hallando el mejor disimulo de su comprometedor entidad, en la tranquila audacia que es el eje de acero de su carácter, si bien bajo uno de los apellidos con que entronca en cincuenta familias principales su milenaria nobleza. Conocimoslo, así, como Don Juan de Aguilar, en el puñado de adictos que acompañaban a don Carlos de Borbón, quien, según es sabido, llegó acá por entonces, bajo modesto incógnito de príncipe despojado.

Era un hombre de edad indefinible, pero con cierto vigor elástico, que sin denotar juventud, no indicaba madurez.

Tampoco se le advertía carácter nacional, no sólo por su distinción, tan perfecta, que excluía todo rasgo acentuado, sino porque la perfección con que hablaba diversos idiomas, habíale quitado todo acento. Así, el agregado comercial de Austria, después de conversar con él, me decía:

—Tiene que ser austriaco o alemán. Hubo entre los carlistas de la guerra, aristócratas de mi país; y quizá sea uno de esos, que oculta bajo nombre español algún yerro de consecuencias.

El mismo contaba que durante el sitio de París, su francés «bulevardero» habíale valido un proceso como supuesto desertor del ejército comunista.

Su castellano corría perfectísimo, aunque sin afectación, y su palabra, de una elocuencia tan indefinible como su persona, vibraba con una especie de autoridad viril, que era luego imperiosa dulzura. Algo a la vez delicado, penetrante y profundo. Pero, cierta ocasión, haciendo armas en el Club Militar, donde maravillaba su destreza, había lanzado el grito de combate de la esgrima italiana con resonancia tal, que aun cuando en aquella época de comando a viva voz nuestros jefes tenían bien templada la garganta, todos sintieron, decíanme, casi como un dolor, su metálico estallido.

La elegancia de aquel hombre dominaba sin ofender, aun cuando era tiránica como la del león. Atraía él, más bien, con cierta inquietud de riesgo. Pero tenía la evasión de ojos del tigre: es decir, que sin esconderlos en realidad, no dejaba ver la mirada. Bastaba, sin embargo, el tangente desliz con que la eludía, para sentir pasar materialmente por las carnes su magnetismo terrible. En ese rasgo, levisimo por lo demás, así como en la tranquilidad marmórea con que asentaba la mano sobre la mesa o en el brazo del sillón, sentíase al hombre de presa, ya fuera ésta de sangre, de amor o de oro.

Todo en él era posesivo desde el entrecejo al pie; y una vez, una sola, que consintió mirarme, advertí que sus ojos, pardos en apariencia, dorábanse, realmente, al darles la luz, con un reflejo de topacio que el contraste de las pupilas tenebrosas embellecía hasta la fatalidad, como perforando en negro el fondo de su alma.

He dicho que «consintió» mirarme, porque nunca experimenté, sufrí más bien dicho, mayor impresión de arrogancia. Es de advertir que yo, atraído como todos, había procurado acercarme a él; pero esa mirada me reveló el abismo que nos separaba. Percibí en su altivez remotísima, un aislamiento infranqueable, la revelación superior de lo que significa verdaderamente «dominio».

Era el ídolo, animal por un lado en su inhumanidad de fiera, numen por otro en su egoísmo supremo: mezcla de instinto y divinidad, es decir, voluntad pura, como las fuerzas naturales que por esto consideró dioses la antigüedad, y con ello ajena enteramente al atributo humano de la compasión.

Sólo cuando en la atención de la música o del juego, inclinaba su cabeza morisca, donde una que otra cana al desgaire menospreciaba la evidencia del tiempo, advertíase algo de común con los demás, en cierta melancolía que no era, tal vez, sino el cansancio de las grandes pasiones, pero que imponía a su frente, con trágica palidez, una desolación de ángel malo.

Entonces, de sus pestañas abajadas con sombría hermosura, de su boca orgullosa, donde sangraba como en un tajo la avidéz del deseo, de su tez morena, ligeramente acentuada por la barba de punta breve, emanaba una torva simpatía, casi material, una especie de obscuridad azul, semejante, diríamos, al pavón de un estoque. Sombrío encanto, que sin dejar de atraer, parecía exacerbarse, a poco, en el siniestro interés de una presencia de bandido.

—Al oírte—insinuó Lemos,—diría uno que no sólo las mujeres se prendaban de Don Juan.

—Todos lo estábamos—repuso Eguía—como los granaderos lo estaban de Napoleón. Era, en efecto, un tipo del género, aun cuando en otro orden de conquistas, y por esto he creído que valía la pena describirlo.

—Cosa que has hecho de mano maestra, dije yo, sabiendo que mi opinión de escritor complacería a nuestro amigo.

—El retrato del protagonista permite inferir el interés de la historia,—elogió Lemos, acentuando la agradecida sonrisa del narrador, quien ponía en el éxito de sus relatos la satisfacción sin vanidad del cumplido artista.

—La historia—continuó—es más digna de atención como poema que como aventura. Aunque se trata, naturalmente, de una aventura, y por cierto de una conquista.

Varias había hecho Don Juan, sin contar otras «fortunas» menos sentimentales, aunque explicatorias de su deslumbrante prodigalidad, así como el indispensable desafío